

Los paraguas fueron hechos para ser olvidados; en la butaca de un cine, en la casa de un amigo, en la oficina de un notario, en el asiento de un camión, cumplen su riguroso destino. Caballeros como son, saben quedarse solo y servir, con la misma prestancia y cordialidad, a su nuevo dueño. Pero bajo la lluvia, dejan salir un discreto y silencioso llanto que se confunde con el aguacero, y despliegan ampliamente su tristeza sobre las calles de la ciudad.

Te cepillas los sueños; te enjabonas el miedo; te tallas bien la ausencia sobre todo en algunas partes de tu cuerpo; te secas el olvido; peinas la confusión; te rasuras el tiempo; repartes ansiedades de fragancia en tu cuello; te pones la alegría sobre los hombros: combina bien con la melancolía. En los labios un poco de violencia, una sombra en la sombra de los párpados, un entusiasmo tenue en las mejillas y sales de tu casa dispuesta a compartir tu soledad.

El clip es uno de los mejores inventos de los tiempos modernos. Las ideas sería un caos sin ese objeto que detiene el mundo por la esquina. Ingenioso, en su forma de laberinto atrapa al minotauro, pero lo deja ir con suavidad, contrario a la violenta grapa que desgarrar a su presa. En una caja transparente, los clips le dan felicidad al escritorio con su algarabía de plata. Son simpáticos como su nombre, y versátiles: puedes usarlos para abrir una chapa o colgarlos del árbol de navidad deteniendo las esferas.

Hacer palomitas es tu sortilegio preferido. Dos cucharadas de aceite hacen brillar el fondo de la olla donde esparces las semillas doradas. Sobre ellas viertes la sal como polvos mágicos. Con la olla a fuego lento, escuchas la primera explosión, seguida de una pirotecnia de juguete, tormenta de estallidos diminutos que poco a poco amaina. La destapas a punto de derramas su contenido de nubes pequeñísimas, el cielo aborregado que sirves en los platos y que, fugaz, se disuelve en tu boca como un sacramento cotidiano.

Por gracia de los brócolis, la ensalada se convierte en un bosque diminuto. Junto a esos arbolillos frondosos y perfectos, los champiñones parecen casas de duendes, los rábanos son flores peligrosas, los berros ramas tapando los caminos. Atento observas para detectar cualquier movimiento sospechoso; tu oído distingue los ruiditos de habitantes secretos. Con queso parmesano haces nevar el paisaje. El cuento de hadas esta vez no tiene final feliz: un gigante con espíritu infantil devora el argumento hasta dejar el plato devastado.

Hazme piojito, ándale. Quiero sentir que mi espalda se convierte en un cañaveral apenas tocado por la llovizna; que soy un cuadro puntillista que pintas con los pinceles finos que tienes en los dedos; que alguien camina de puntitas sobre mi existencia; que mi piel pasó por un cernidor, que está hecha de pequeños gránulos de arena, de instantes intensos y percederos como un escalofrío.

La música del tendedero empezó con esos calcetines que colgaste en forma de corcheas. Las pinzas de la ropa se volvieron de pronto notas de colores sobre el pentagrama de la mañana, trinos de pájaros sobre el blanco compás de una camisa. En acordes se ventila la humedad de las prendas; los minutos avanzan in crescendo hasta alcanzar el mediodía. En la azotea, la vida es un minueto en Sol Mayor.

Todas las mañanas sacas de paseo a tu soledad. Le tomas fuerte la correa para que no se vaya; te guía por las banquetas, husmea en los zaguanes vecinos, reconoce los árboles del barrio. En las tardes la acaricias sobre tu regazo, le hablas suave para que se sienta acompañada. No te explicas por qué, si tanto la cuidas, la alimentas, en la noche aúlla contra el cielo, como si algo quisiera reclamarle a la luna.

Nada más parecido a la mujer amada que una pastilla de jabón. Desnuda, lisa, fría, aviva tus instintos. Parece frágil pero es escurridiza. Toca tu piel, impregna de fragancia los rincones de tu historia. Se pierde bajo el agua tibia, la vuelve turbia. Su suavidad te engaña, su sabor es amargo, pero eso lo descubres demasiado tarde. Siembra una espuma dolorosa en la mirada. Cuando menos lo esperas se disuelve, dejando su perfume en tu memoria.

Quisiera darte de desayunar la ansiedad olvidada. Planchar todas las dudas de tu cuerpo; coserte algún botón de certidumbre sobre el pecho. Quisiera ver crecer el tiempo entre los cuartos de tus días, regar una a una tus palabras para que no se mueran. Quiero calentar los recuerdos en la estufa, lavarte la tristeza y ponerla a secar, sacudir los sueños para que no te vayas. Tender tu compañía sobre la cama aunque sea por una vida.

El lápiz labial oculto en el cilindro espera el momento de encender los labios. Rito de iniciación para la niña que adelanta el tiempo en el espejo, instrumento fiel de la mujer adulta, cómplice de la vejez desmantelada. Signo de elegancia sutil o de febril desorden, según el tono de su sangre, el matiz particular de su tono mate o nacarado. En una servilleta, carta, camisa blanca, signa la mujer su territorio de intimidad y poder; guarda en el bolsillo el arma que sólo puede ser desactivada por los besos de un hombre.

La banca del parque sabe de la vida. En ella se han despedido y reconciliado los amantes, han dormido los niños vagabundos, se han sentado los viejos a recordar, o a darles de comer a las palomas, se han arrepentido los equivocados. A la luz de un farol, su sólida quietud, su encaje de metal, sus brazos redondos la hacen verse como una abuela que todo lo comprende y lo perdona.

